

Sobre dominación y luchas: Clase y género en el programa de Bourdieu¹

Luz Gabriela Arango

Introducción

“No hace falta decir que la percepción de una obra depende de la tradición intelectual e incluso del contexto político en el cual se sitúan los lectores.

De hecho, toda la estructura del campo de recepción es la que, por medio de las estructuras mentales que impone a quienes están inmersos en él y, en particular, a través de las oposiciones estructurantes ligadas a las discusiones del momento, se interpone entre el autor (o su obra) y el lector”.

Pierre Bourdieu²

Sin haber llevado a cabo el trabajo de reflexividad que se requiere para identificar las oposiciones estructurantes que operan en el campo de la Sociología y las ciencias sociales en la Universidad Nacional de Colombia y las que intervienen en la recepción general de Bourdieu, y en la mía específicamente, quiero presentar algunas reflexiones en torno a conceptos de su programa teórico que me han parecido especialmente reveladores en el campo de investigación en cual me muevo.

Mi trayectoria investigativa ha girado en torno a la Sociología del trabajo y las relaciones de género, desde una perspectiva que busca articular las experiencias individuales, las trayectorias sociales y las construcciones identitarias con procesos macro-sociales de cambio en la organización del trabajo, el mercado laboral, las

¹ Este artículo es una versión ampliada de las reflexiones que presenté en el panel en torno a la obra de Bourdieu en el marco de la inauguración de la Maestría de Sociología de la Universidad Nacional, promoción 2002.

² BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Loïc, *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, 1ª edición, traducida por Hélène Levesque Dion, México, Grijalbo, 1995, p. 114.

relaciones familiares, el sistema educativo. En esa medida, la antigua discusión sobre las relaciones entre clase y sexo/género que atravesó el diálogo conflictivo entre el movimiento feminista y la izquierda internacional desde la década del 70, ha estado presente como pregunta de investigación en casi todos mis trabajos.

Uno de los propósitos presentes en el recorrido personal, científico y político de P. Bourdieu fue avanzar en la tarea emprendida por Marx, Foucault y tantos otros, de dilucidar los mecanismos sociales de construcción y reproducción de la dominación. Su búsqueda de los dispositivos ocultos de la dominación en las disposiciones corporales, las estructuras mentales, los gustos aparentemente más banales, los espacios y productos sociales más sagrados como el arte provocaron enormes resistencias y críticas. Su teoría ha sido a menudo tachada de “reproductivista”, dogmática o mecanicista. Aunque sus grandes aportes se sitúan efectivamente en el desvelamiento de los mecanismos que la dominación genera y que tienden a reproducirla, también proporcionó múltiples herramientas conceptuales para entender el cambio, la resistencia, las luchas inherentes a la vida social.

En el debate académico-político sobre dominación de clase y género, la propuesta teórica de Bourdieu introduce novedades significativas en el contexto actual. Voy a referirme a cuatro puntos: la teoría de las clases sociales y las luchas de clases; la dominación simbólica, las luchas simbólicas y la dominación masculina; habitus, clase y género; luchas y resistencias.

En primer lugar, quiero subrayar uno de los grandes atractivos que supone para mí la propuesta de Bourdieu: su concepción (hecha práctica) de la teoría como práctica científica que sólo adquiere pleno sentido y existencia en la investigación empírica. Dice Bourdieu:

“La teoría científica, tal como la concibo, se presenta como un programa de percepción y acción o, si se prefiere, como un habitus científico que sólo se revela en el trabajo empírico donde se realiza”³.

Bourdieu rechaza la producción de discursos generales universales sobre el conocimiento de este mundo y prefiere construir una antropología general fundamentada en un análisis histórico de las características específicas de las sociedades contemporáneas. En esa medida, los conceptos que utiliza tienen como función designar una toma de posición teórica, un principio de elección metodológica, y no están destinados a construir un edificio teórico rígido y autocontenido. Son conceptos en uso, que adquieren su sentido y su desarrollo en el estudio de objetos sociales permanentemente renovados.

³ Íbid., p. 88.

La teoría de las clases sociales y las luchas de clases

Las formas de dominación que estudia Bourdieu comparten la primacía que confiere el marxismo a la dominación de clase, diferenciándose no obstante de Marx tanto en la definición de las clases como de las luchas de clases. Bourdieu concibe el espacio social o el “campo de la lucha de clases” como una estructura de relaciones de fuerza entre agentes que ocupan distintas posiciones. La posición que ocupan los individuos y los grupos en el espacio social dependen del volumen y estructura de sus capitales específicos, especialmente económico y cultural. Las clases y fracciones de clase se delimitan objetivamente como aquellos grupos que están sometidos a condiciones materiales de existencia similares. La clase se define además por la estructura de relaciones entre propiedades “secundarias” como el sexo, la edad, la ubicación geográfica, la raza o la educación. Esta estructura es el resultado de las luchas pasadas y de las relaciones de poder que se definieron históricamente, objetivándose en instituciones e instrumentos de lucha. Los factores constitutivos de la clase no tienen todos el mismo valor y efecto sobre las prácticas: estos dependerán de la lógica específica del campo en que se desarrolla la lucha y de la estructura de las relaciones de poder en un determinado momento de la historia del campo.

Bourdieu define el capital como relación social, como energía social que no existe ni produce efectos sino dentro del campo en el que es producido (el capital) y en el cual se reproduce. El espacio social o campo de la lucha de clases es un espacio objetivo que estructura relaciones objetivas: éstas determinan la forma que pueden tomar las interacciones y las representaciones de quienes participan en ellas, fundamentalmente mediante el “habitus” sobre el cual ejercen un efecto condicionante. Las luchas que se dan en el espacio social siguiendo la lógica que éste determina son una forma de la lucha de clases: son luchas de competencia, integradoras, que tienden a reproducir el orden social, aunque la estructura de las relaciones de fuerza entre las clases y fracciones de clase pueda modificarse considerablemente, como efecto de estas luchas. En este caso, la reproducción de la dominación social y la lucha de clases no son en ningún modo incompatibles. Es importante tener en cuenta que estas observaciones están referidas empíricamente a la sociedad francesa de 1960-1970⁴ y que una crítica sustentada debe diferenciar entre las consecuencias interpretativas que saca el autor sobre una situación histórica y geográficamente delimitada, y la coherencia de la propuesta teórica y de sus pretensiones universalizantes. De este modo, el carácter estructurante que tienen el capital económico y el cultural; así como el conflicto entre estos dos principios jerarquizantes, no pretende ser necesariamente válido en otros contextos. Es muy

⁴ BOURDIEU, Pierre, *La Distinction*, 1ª edición, Paris, Les Editions de Minuit.

probable que en sociedades similares –capitalistas e industriales– se observe la misma preeminencia del capital económico como estructurante de las relaciones de dominación.

Además del espacio social o campo de la lucha de clases, Bourdieu distingue campos especializados, dominios de prácticas que históricamente adquieren autonomía y definen capitales específicos por los cuales compiten quienes logran participar en ellos (campo político, campo económico, campo científico, campos de producción cultural...). El espacio social es una suerte de campo básico en el cual todos los individuos ocupan una posición por su origen y trayectoria de clase. Este determina en gran medida las posibilidades que tienen los agentes de participar o no en campos especializados y de ocupar en ellos posiciones dominadas o dominantes a lo largo de su trayectoria.

Para aclarar el concepto de “campo”, acudo al autor:

“En términos analíticos, un campo puede definirse como una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones se definen objetivamente en su existencia y en las determinaciones que imponen a sus ocupantes, ya sean agentes o instituciones, por su situación (situs) actual y potencial en la estructura de la distribución de las diferentes especies de poder (o de capital) –cuya posesión implica el acceso a las ganancias específicas que están en juego dentro del campo–, y, de paso, por sus relaciones objetivas con las demás posiciones (dominación, subordinación, homología, etc.)”⁵.

102 La propuesta de Bourdieu sobre la estructura y dinámicas de la lucha de clases proporciona herramientas relativamente flexibles para dar cuenta de la complejidad de las relaciones entre dominación de clase y dominación sexual y coincide con muchas de las preocupaciones conceptuales que han surgido en el desarrollo de los estudios de género⁶. Por una parte, Bourdieu insiste en el carácter relacional del poder y la dominación: clase y género son categorías relacionales, no sustanciales⁷. No constituyen atributos de los individuos o los grupos sociales sino posiciones dentro de una estructura de relaciones de poder. Por otra parte, el concepto de

⁵ BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Loïc, op. cit., p. 64.

⁶ No entraré en el debate que importantes teóricas e investigadoras feministas han sostenido con Bourdieu en torno a su des-conocimiento o falta de reconocimiento de las teorías feministas. Sin embargo, considero necesario advertir que no deja de despertar sentimientos ambiguos en muchas investigadoras la “legitimidad” –relativa– que el tema de la dominación masculina ganó en la sociología –probablemente una de las disciplinas sociales más androcéntricas y rayando en la misoginia– al ser teorizada por un varón consagrado por la academia francesa (aliado sin duda de las luchas feministas...).

⁷ Para quienes quieran acercarse a la conceptualización de la categoría “género”, los remito al conocido texto de Joan Scott (1986) y a la discusión que adelanta Teresita de Barbieri (1996) sobre el mismo.

campo permite entender las relaciones entre la clase y “propiedades” como el sexo, la edad o la raza desde una perspectiva simultáneamente estructural e histórica que supera tanto la simple suma o yuxtaposición de atributos (mujeres obreras, mujeres negras pobres, hombres mestizos gays viejos, etc...) como la relativización *ad infinitum* de las posibles combinaciones en función de las situaciones concretas. Simplificando y acudiendo a situaciones extremas, se puede decir que en los estudios de género pasamos de una aproximación generalizante en torno a la categoría “mujer”—que pretendía dar cuenta de la experiencia de todas las mujeres— a un análisis relativista y situacional que diferenciaba casi tantas relaciones de género como situaciones sociales era posible identificar. La crítica que hace Bourdieu a la etnometodología por su incapacidad para dar cuenta de los principios explicativos de una situación social particular al referirse solamente a aquellos que la misma situación proporciona, y por lo tanto sin tener en cuenta las posiciones de los agentes en una estructura de poder que trasciende la situación o el contexto de interacción, puede aplicarse a algunas investigaciones en el campo de los estudios de género.

El concepto de “campo” se convierte en la clave para identificar —empíricamente— la estructura de relaciones de poder que está condicionando las probabilidades de acción que afectan a los distintos agentes en una situación dada. Es clave por lo tanto para identificar el sistema de relaciones que articula la posición de clase y las otras jerarquizaciones sociales, incluyendo el género. Por otra parte, el concepto de campo que propone Bourdieu pretende ser simultáneamente estructural e histórico, lo cual sólo es posible en la medida en que se entienda como “sistema de diferencias en constante cambio”, y no como “desarrollo inmanente de la estructura”⁸.

Dominación simbólica, luchas simbólicas, dominación masculina

La dominación de clase no se agota en el análisis de la distribución desigual de las posiciones en el espacio social y en el acceso a las distintas formas de capital. En la teoría de Bourdieu, ésta es inseparable de la noción de dominación simbólica que contiene la idea de legitimidad o aceptación de la dominación por parte de los dominados. Al contrario de la idea de legitimidad en Weber, se trata en este caso de un consentimiento impuesto, forzado por las relaciones de dominación. Para Bourdieu, la dominación simbólica permite esconder (“des-conocer”) las relaciones de poder y el carácter arbitrario de las desigualdades sociales y “reconocer” el lugar de los dominantes como “natural” y evidente. En su libro *La Reproducción*, Bourdieu y Passeron definen la violencia simbólica:

⁸ BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Loïc, op. cit, p. 96.

“Todo poder de violencia simbólica, es decir, todo poder que logra imponer significaciones e imponerlas como legítimas disimulando las relaciones de fuerza sobre las que se basa su propia fuerza, añade su fuerza propia, es decir, propiamente simbólica, a estas relaciones de fuerza”⁹.

La noción de violencia simbólica busca trascender una separación simplista entre lo material y lo simbólico en la cual este último carecería de efectos “reales”. La teoría materialista de los intercambios simbólicos que propone Bourdieu pretende, al contrario, explicar la objetividad de la experiencia subjetiva y de las relaciones simbólicas de dominación, y su efecto duradero sobre la producción y reproducción de las estructuras sociales.

A las luchas por la apropiación y la valorización del capital económico o cultural que se desarrollan en el espacio social, se agrega de manera indisociable la lucha por la apropiación del capital simbólico. Esta lucha se produce en el “espacio de los estilos de vida”. Los estilos de vida son la transmutación simbólica de las posiciones objetivas de las clases en el espacio social: son sistemas de signos y de propiedades distintivas que establecen diferencias y jerarquías distribuyendo beneficios de distinción y de legitimidad entre los distintos grupos sociales. El espacio de los estilos de vida, nos dice Bourdieu, es el mundo social representado. En las luchas simbólicas, que son luchas por la definición del estilo de vida legítimo participan las distintas fracciones dominantes (grandes y medianos industriales, profesiones liberales, intelectuales, artistas, profesores universitarios, etc...) y las que aspiran a ser dominantes (sectores medios muy heterogéneos) pero se encuentran excluidas las clases populares. La distinción será entonces la manifestación legítima (reconocida), es decir, transfigurada y no-reconocible de la clase social en posición dominante¹⁰. Los estilos de vida, que incluyen sistemas de prácticas (consumos culturales banales o artísticos), inseparablemente estéticas y morales, y que conforman verdaderos ethos de clase, también se definen relacionamente. No poseen un valor sustantivo. Su valor es distintivo, diferencial y jerarquizado y depende de la posición que ocupan en el espacio de los estilos de vida. Este último es homólogo del espacio de las clases sociales. Hay estilos de vida dominantes, estilos de vida “pretendientes” y podríamos decir, “anti-estilos de vida”. Mientras los grupos dominantes compiten por imponer su propio estilo de vida como el “legítimo” (el modelo, el ideal de lo humano), los “pretendientes” tienden a reconocer el estilo dominante como legítimo y se esfuerzan por alcanzarlo (imitándolo) mientras los dominados representan de alguna manera la negación de todo estilo de vida, aque-

⁹ BOURDIEU, Pierre y PASSERON, Jean-Claude, *La Reproduction: éléments pour une théorie du système d'enseignement*, 1^{er} édition, Paris, Les Editions de Minuit, 1970, p. 18. (traducción libre).

¹⁰ BOURDIEU, Pierre, *La Distinction*, 1^{er} édition, Paris, Les Editions de Minuit.

llo de lo cual quieren distanciarse los “pretendientes”: lo popular como lo indeseable, la necesidad, la naturaleza, lo bárbaro... En esta lucha simbólica, cada grupo tiende a reconocer los valores que establecen la última diferencia, la última conquista que lo distancia del grupo social que percibe como inferior.

Para que se den estos beneficios simbólicos que producen legitimidad y distinción se requiere la intervención de los campos de producción cultural, campos especializados que producen bienes culturales susceptibles de transformarse en capital cultural (arte, educación, ciencia) y producen a la vez la CREENCIA en el valor de sus productos. Paradójicamente, es la autonomía de los campos de producción cultural la que les confiere el poder de “consagración” que indirectamente contribuye a producir la creencia en los méritos de los dominantes. El capital cultural acumulado por los grupos dominantes se transmuta en capital simbólico; de este modo, el privilegio (relación de poder, arbitrariedad social) que está en la base de su acceso a los bienes culturales es transformado en mérito personal, carisma, superioridad “natural”, contribuyendo a legitimar la dominación. Es importante aclarar que, según Bourdieu, la cultura opera como capital es decir, como relación de poder e instrumento de dominación, solamente en sociedades con una alta diferenciación de clase. No ocurre lo mismo en sociedades poco diferenciadas en donde el acceso a la cultura está distribuido de manera más equitativa.

Para Bourdieu, la dominación masculina es un ejemplo paradigmático de dominación y de violencia simbólicas; y uno de los más persistentes. El orden masculino está tan arraigado que no requiere justificación: se impone a sí mismo como evidente y universal (“el hombre, *vir*, es este ser peculiar que se autoexperimenta como universal, monopolizando el ser humano, es decir, *homo*”¹¹). Anclado en estructuras históricas de dominación objetivadas en instituciones e incorporadas en esquemas mentales y corporales, el orden masculino basa su legitimidad en la naturalización de una diferencia apoyada en una biología y una sexualidad socialmente construídas. En palabras de Bourdieu, la sociodicea masculina debe su eficacia específica al hecho de que legitima la relación de dominación al inscribirla en un esquema biológico que es, en sí mismo, una construcción social biologizada.

La persistencia de la estructura profunda de la dominación masculina está asociada con el “trabajo de deshistorización” que realizan agentes e instituciones a lo largo de la historia. De manera análoga a su aproximación a las clases sociales y a las distancias que las definen y que tienden a conservarse a pesar de los cambios morfológicos relacionados con el nivel educativo, la profesión, los ingresos o la vivienda, Bourdieu señala una persistencia de las distancias entre la posición de las mujeres y de los hombres en el espacio social.

¹¹ BOURDIEU, Pierre, *La domination masculine*, 1^o edición, Paris, Seuil, 1998.

La perspectiva de la lucha por el capital y el beneficio simbólico, que introduce Bourdieu, permite explicar fenómenos tantas veces subrayados por los estudios feministas como la devaluación de las profesiones y puestos de trabajo ocupados por las mujeres. De este modo, la transformación de la división sexual del trabajo mediante el acceso de las mujeres a profesiones y oficios tradicionalmente masculinos, no basta para modificar la relación de fuerzas simbólicas entre hombres y mujeres. El valor social, el valor simbólico de las posiciones ocupadas y de los capitales poseídos por distintos agentes sociales no son sustanciales sino relacionales: se definen por estructura de las relaciones (y distancias) entre posiciones, distancias que son el producto de las estrategias no necesariamente conscientes de los agentes para mantenerlas.

Mientras las mujeres o los sectores medios desarrollan prácticas orientadas estratégicamente¹² hacia la apropiación de los bienes materiales y simbólicos exclusivos de ciertas categorías dominantes de varones, éstos “trabajan” para generar nuevas distancias y terrenos de exclusividad. El beneficio simbólico está asociado con la preservación de territorios y la habilidad para re-definir nuevas líneas de separación entre los sexos: de ahí esas sutiles diferencias en la definición práctica del desempeño de un mismo puesto de trabajo por hombres y mujeres, que muchas investigadoras han escrutado con agudeza para mostrar la persistencia de la desigualdad o la dominación¹³. Bourdieu se refiere al “coeficiente simbólico negativo” que separa a hombres y mujeres en los distintos campos sociales, producto del efecto estructural de la feminidad como *handicap*.

Las relaciones de fuerza simbólicas entre hombres y mujeres adquieren una configuración específica en cada clase y campo pero no se refieren solamente a la estructura de las distancias simbólicas sino a la “división del trabajo simbólico” entre hombres y mujeres. Bourdieu amplía la noción de división sexual del trabajo para incluir todas las tareas de reproducción y mantenimiento del capital social y simbólico. En la sociedad cabil del Norte de África que le sirve de matriz en el análisis de la dominación masculina, la división entre hombres y mujeres es también una división entre sujetos y objetos, siendo las mujeres objetos de intercambio de signos (fundamentalmente en el matrimonio) entre hombres cuyo capital simbólico ellas amplían o valorizan mientras los hombres detentan el monopolio de la pro-

¹² Uno de los conceptos fundamentales de la propuesta teórica de Bourdieu es el de “prácticas”, desarrollado especialmente en su libro *El Sentido Práctico* (1980) y que define la acción como orientada hacia fines prácticos y guiada por un “sentido del juego” que tiende a defender los intereses del agente en el campo. La noción de práctica lleva implícita la idea paradójica de “estrategias inconscientes o pre-conscientes” y es inseparable de los conceptos de habitus, capital y campo.

¹³ Ver, por ejemplo, los trabajos de Margaret Maruani (1989), Helena Hirata y Danièle Kergoat (1997) en Francia o los de Hola y Todaro en Chile (1992).

ducción de signos y bienes simbólicos, dotados del poder exclusivo de representación pública. En sociedades capitalistas, la división sexual del trabajo de producción y reproducción simbólica otorgaría a las mujeres el papel de gestoras del capital social y simbólico del hombre en la familia y en otros ámbitos como la empresa o la política, haciendo referencia a esos papeles de relacionistas públicas que con frecuencia desempeñan las mujeres.

Habitus, género y clase

El concepto de habitus es probablemente uno de los más polémicos de Bourdieu, quien retoma la idea de Durkheim, para referirse a disposiciones subjetivas profundas, que determinan las formas de pensamiento, percepción y acción y operan a un nivel pre-consciente. Especie de ley interior, producto de la interiorización de la exterioridad, el habitus está en el principio de la continuidad y regularidad de las prácticas sociales:

“los condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia producen habitus, sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras predisuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptados a su fin sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente *regulados* sin ser el producto de la obediencia a reglas, y, a la vez que todo esto, colectivamente orquestados sin el ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta”¹⁴.

Estas disposiciones, interiorizadas e incorporadas por la exposición del agente a determinadas condiciones de existencia, propias de su clase o fracción de clase de origen, otorgan un peso importante a las primeras experiencias de vida. El habitus tiene propiedades que tiende a asegurar su propia existencia y su defensa contra el cambio, lo cual se hace evidente en las “estrategias de evitación” (de lo extraño) y de elección (de lo familiar o semejante). Estas disposiciones no operan de manera mecánica pero sí en forma duradera y sistemática; tienen una capacidad de generación infinita pero a la vez, estrictamente limitada. La estructura del habitus que se constituye en la infancia es el principio de la percepción y apreciación de toda experiencia posterior; el habitus es también historia acumulada, naturalizada, presencia activa de todo el pasado como capital acumulado; el habitus le otorga una independencia relativa a las prácticas con relación a las determinaciones exteriores del presente inmediato¹⁵. Estas disposiciones, profundamente ancladas,

¹⁴ BOURDIEU, Pierre, *El Sentido Práctico*, traducción de Alvaro Pazos, [1ª edición francesa, 1980], Madrid, Ediciones Taurus, p. 92.

¹⁵ Bourdieu desarrolla estas propiedades del habitus en *El Sentido Práctico*.

tienen un carácter de clase en la medida en que constituyen la interiorización de estructuras sociales percibidas y experimentadas desde la posición que ocupa el agente en el espacio social. El habitus es el principio generador de los estilos de vida, es el que hace posible la transmutación de las posiciones de clase en estilos de vida.

El habitus produce un conocimiento de sentido común, una “doxa”, al generar una correspondencia entre las estructuras mentales y las estructuras sociales. El habitus hace que el dominado (y también el dominante) piense, sienta y perciba el mundo social como evidente y en esa medida está en el origen de su aceptación de la dominación. Mediante el concepto de habitus, Bourdieu pretende ir más allá de la descripción de la experiencia dóxica que realizan la fenomenología, a la manera de Husserl y Schütz quienes mostraron cómo “la experiencia primigenia de lo social [...] descansa en una relación de creencia inmediata que nos predispone a aceptar el mundo como auto-evidente”¹⁶. Se trata entonces de dar cuenta de las condiciones de posibilidad de esta experiencia dóxica. Bourdieu advierte que “la coincidencia entre las estructuras objetivas y las estructuras incorporadas, que crea la ilusión de la comprensión inmediata, constituye un caso particular dentro del universo de las relaciones posibles con el mundo, es decir, el de la experiencia indígena”¹⁷. Esto significa que no en todas las condiciones sociales se produce una sumisión incondicional al mundo cotidiano. Esto ocurre cuando las condiciones de producción del habitus coinciden con las condiciones sociales en las cuales opera.

El concepto de habitus aporta dimensiones nuevas al análisis de la dominación masculina y especialmente, de su (re)producción como dominación. Permite ampliar los enfoques de las representaciones sociales como visiones del mundo inscritas en discursos o imaginarios y desarrollar la noción de disposiciones incorporadas (hechas cuerpo). El habitus no sólo tiene un carácter de clase sino que es a la vez “sexuado” y “sexuante” y tiende a incorporar la diferencia/dominación sexual como evidente. Su profundo anclaje en las estructuras inconscientes de la propia identidad sexual lo hacen especialmente persistente y difícil de transformar. Es estructura social incorporada que orienta la acción y toda la relación de hombres y mujeres con el mundo y le otorga a las estructuras de dominación sexual una gran autonomía frente a las estructuras económicas. El concepto de habitus, a condición de que sea objeto de desarrollos interdisciplinarios –y con suficientes trabajos empíricos–, puede servir de puente para articular las dimensiones sociales y las dimensiones psíquicas de la dominación masculina. Aunque existe indudablemente una amplia reflexión acumulada por la crítica feminista sobre la estructuración del deseo como uno de los aspectos más solapados y eficaces de la dominación

¹⁶ BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Loïc, *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, 1ª edición, traducida por Hélène Levesque Dion, México, Grijalbo, 1995, p. 46.

¹⁷ *Ibid.* p. 47.

patriarcal, no se ha desarrollado en igual medida un análisis convincente de los modos de articulación entre las realidades sociales y psíquicas.

Sobre luchas y resistencias

Para finalizar este breve ensayo, quiero señalar algunos aspectos de los aportes del programa teórico de Bourdieu para el estudio de las luchas y las resistencias a la dominación. Retomando elementos dispersos en varios de sus escritos, voy a referirme a los siguientes aspectos: a) las luchas de competencia en un mismo campo; b) el papel del *habitus* en las luchas y resistencias; y c) las luchas por el monopolio de la visión y di-visión del mundo social.

a) *Las luchas de competencia en un mismo campo*

Como lo señalé anteriormente, Bourdieu concibe el espacio social como un campo de luchas entre clases y fracciones de clase. Este gran espacio social puede corresponder a la idea general de “sociedad” a la cual se ha referido tradicionalmente la sociología: la sociedad como sociedad nacional, es decir, como Estados-nación. Podemos asegurar que buena parte de los trabajos de Bourdieu, al menos hasta la década de los 90, se ubican dentro de marcos nacionales; las luchas de clases en el espacio social que analiza en *La Distinción* son luchas que tienen lugar en Francia: el campo de la lucha de clases aparece fundamentalmente estructurado por relaciones de poder y dominación constituídas históricamente y objetivadas en instituciones –y en los cuerpos de los agentes–. Este espacio social está conformado por múltiples campos especializados, resultado a su vez de procesos históricos de autonomización relativa de conjuntos de prácticas. En cada uno de estos campos se producen luchas permanentes entre quienes dominan el campo y quienes les disputan esa dominación; luchas orientadas por los capitales específicos que operan dentro de cada campo.

Es así como Bourdieu analiza el campo universitario, con los conflictos entre sus facultades (entre el polo socialmente dominante y científicamente dominado de las facultades de Derecho y Medicina y el polo científicamente dominante y socialmente dominado de las facultades de Ciencias Naturales y Ciencias Humanas); las luchas entre los profesores por las distintas formas de capital académico (poder universitario, poder científico, prestigio científico, notoriedad intelectual, poder político o económico...)¹⁸; el campo de las Grandes Escuelas (instituciones que ocupan la posición dominante en las jerarquías del prestigio y “mérito” académico en la educación superior francesa) y sus relaciones con el campo de poder¹⁹; las

¹⁸ BOURDIEU, Pierre, *Homo Academicus*, Paris, Les Editions de Minuit, 1984.

¹⁹ BOURDIEU, Pierre, *La Noblesse d'État. Grandes écoles et esprit de corps*, Les Editions de Minuit, 1989.

luchas de los investigadores por el monopolio de la autoridad y la competencia científicas, en el campo científico²⁰; las luchas de artistas y literatos por la definición legítima del arte y la defensa de la autonomía del campo artístico, en particular del campo literario²¹.

Los ricos análisis empíricos de Bourdieu que le permiten dar cuerpo a conceptos como el de campo, lucha o capital, muestran con distintos énfasis la complejidad de las relaciones de poder y la dificultad para establecer con precisión las posiciones de los agentes y los intereses en juego en un momento dado, dando cuenta simultáneamente de los factores estructurales y de los efectos históricos tanto en la configuración del campo, sus instituciones e instrumentos de reproducción y resistencia, como en las disposiciones y prácticas de los participantes.

“La noción misma de campo supone una superación de la oposición convencional entre estructura e historia, entre conservación y transformación: las relaciones de poder constitutivas de la estructura del campo motivan, al mismo tiempo, la resistencia a la dominación y la resistencia a la subversión”²².

Bourdieu se defiende de las acusaciones sobre el carácter “reproductivista” o determinista de su teoría, insistiendo sobre la noción de lucha como hecho constitutivo de todo espacio o campo social. La existencia de relaciones de dominación que estructuran cada campo en particular no significa que quienes ocupan posiciones dominadas sean reducidos a “marionetas” que contribuyen a pesar de sí mismos a reproducir el orden social que los oprime. Son agentes sociales al igual que los dominantes: la estructura de relaciones de poder en un campo determinado es el resultado de sus prácticas tanto como de las de los dominantes:

“los dominados, en cualquier universo social, están siempre en condición de ejercer cierta fuerza: la pertenencia a un campo implica, por definición, la capacidad de producir efectos en él”²³.

Pero Bourdieu critica con fuerza la tendencia, que tacha de “populista”, de numerosos intelectuales y académicos que ignoran las condiciones objetivas y subjetivas en las que se producen las luchas de l@s dominad@s*. Buscando trascender la exaltación idealista tanto como el paternalismo de los intelectuales hacia los grupos sociales

²⁰ BOURDIEU, Pierre, *Science de la science et reflexivité. Cours du Collège de France 2000-2001*, Paris, Raisons d’agir, 2001.

²¹ BOURDIEU, Pierre, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, traducción de Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama, [1992], 1995.

²² BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Loïc, op. cit., p. 57.

²³ Ibid, p. 51.

* En adelante se utilizará el carácter ‘@’ para dar a entender que se habla de ambos géneros.

dominados, proporciona instrumentos de conocimiento que permitan entender las condiciones de posibilidad en las cuales se definen las prácticas de los agentes. Estas determinan dilemas concretos que no pueden obviarse:

“Pero las teorías de la resistencia, cuando son orientadas hacia una especie de populismo espontaneísta, olvidan con frecuencia que los dominados no escapan a la *antinomía de la dominación*. Por ejemplo, oponerse al sistema escolar mediante el desorden o la delincuencia equivale a autoexcluirse del mismo y así, a encerrarse en la propia condición de dominado; por el contrario, aceptar asimilarse al asimilar la cultura escolar, equivale a ser “recuperado” por la institución. Los dominados son a menudo condenados a enfrentar semejantes dilemas, a elegir entre dos soluciones que, cada una desde cierto punto de vista, son igualmente malas”²⁴.

L@s dominad@s tienen que actuar en condiciones que operan en su contra, dentro de estructuras de poder dominadas por capitales de los cuales carecen. Es bueno señalar que en la mayoría de los campos especializados (artístico, científico, político, económico...) sólo compiten las clases dominantes. La gran mayoría de los sujetos populares no llena los requisitos de entrada a estos campos (no tienen los capitales mínimos). La dominación simbólica en este caso no significa *illusio*, sino aceptación de su exclusión de cualquier posibilidad de *illusio*. Bourdieu define la *illusio* como la creencia en el juego que comparten quienes participan en él, creencia que significa aceptación dóxica de las reglas del juego y de la validez del mismo, en el sentido de que “dicho juego es digno de ser jugado”. “Esta “colusión” forma la base de su competición y conflictos”²⁵. De este modo, quienes se enfrentan dentro de un campo especializado (l@s artistas en el campo artístico, l@s científic@s en el campo científico, l@s polític@s en el campo político, etc.) y compiten por el monopolio del capital específico de ese campo están condenad@s a no “subvertir” el orden del mismo sino en la medida en que la existencia del campo no sea puesta en peligro. La relativa “apertura” o no del campo a nuev@s competidor@s es, no obstante, parte de lo que está en juego en sus luchas:

“Todo campo constituye un espacio de juego potencialmente abierto cuyos límites son fronteras dinámicas, las cuales son objeto de luchas dentro del mismo campo. “¡Un campo es un juego que nadie inventó, pero que resulta mucho más fluido y complejo que todos los juegos que se puedan imaginar!”²⁶.

Estos dilemas y esta “condena” a no “subvertir” sino dentro de ciertos límites, los espacios sociales en los cuales se quiere participar, puede sin duda ayudar a entender

²⁴ Ibid.

²⁵ Ibid., p.65.

²⁶ Ibid., p. 69.

muchas de las luchas de las mujeres y sus limitaciones objetivas, en el campo profesional, político, artístico...

b) El papel del habitus en las luchas y resistencias

Si la noción de campo aparece asociada con una dinámica de acción y luchas transformadoras que confiere a los agentes –casi sujetos– la capacidad de participar en la construcción del mundo social –dentro de condiciones de posibilidad histórica y estructuralmente limitadas–, el concepto de habitus parece, al contrario, confiscarles nuevamente cualquier control sobre sus condiciones de existencia. Y ello, a partir de la aparente colonización de sus universos mentales.

La primera aclaración obligatoria es que no es posible definir de manera separada las nociones de habitus, campo y capital: ellas se integran dentro del sistema teórico que ayudan a constituir. Los habitus de los agentes que participan en un campo serían entonces “los diferentes sistemas de disposiciones que éstos adquirieron mediante la interiorización de un tipo determinado de condiciones sociales y económicas y que encuentran, en una trayectoria definida dentro del campo considerado, una oportunidad más o menos favorable de actualizarse”²⁷.

No es posible, en este escrito, hacer el inventario de las numerosas definiciones del habitus que plantea Bourdieu a lo largo de su obra ni poner en evidencia las contradicciones que puedan existir entre éstas o entre las “definiciones teóricas” y el “uso” de los conceptos para interpretar procesos concretos... Creo que Bourdieu proporciona suficientes argumentos teóricos e interpretativos para rechazar las aproximaciones que reducen el habitus a una interiorización mecánica y determinista de la dominación y el orden social. El habitus se presenta como un “sistema de disposiciones” o incluso como un “conjunto de sistemas de disposiciones” (como en la definición anterior) que se construyen a través de la historia individual, a partir de un origen social que determina una primera relación/posición con respecto a las estructuras de poder. Tal vez podría sintetizar las contradicciones que percibo –sin haberlas examinado sistemáticamente– en torno al concepto de habitus en Bourdieu considerándolas como una expresión de la tensión (neurálgica en su teoría) que él pretende superar, entre historia y estructura. El habitus, como “historia incorporada” (trayectoria) y operando en la historia (campo, acontecimiento, dialéctica de las condiciones y de los habitus...) se opone muchas veces al habitus como “estructura estructurada y estructurante”, que tiene una “aplicación sistemática y universal”²⁸. A pesar de la convincente y profusamente ilustrada interpretación, en *La Distinción*, del gusto como “operador analógico” que permite

²⁷ Ibid., p. 70.

²⁸ Fórmulas tomadas de *La Distinción*.

restablecer y explicar la unidad de las prácticas (la coherencia que subyace en los gustos alimenticios, vestimentarios, artísticos, musicales, etc. de los miembros de una misma clase social), no deja de parecer reduccionista la relación directa que establece Bourdieu entre la estructura del habitus como sistema de oposiciones (distinguido-vulgar; forma-función; libertad-necesidad) y la interiorización del sistema de oposiciones objetivas (capital económico-capital cultural) que estructuran el espacio social.

Aunque no comparto plenamente sus observaciones²⁹, me parece importante mencionar la crítica de Jeffrey C. Alexander³⁰ en este sentido. Alexander critica a Bourdieu la ausencia de una referencia a la autonomía relativa de la cultura –y por ende del habitus– que le impide acordarle a los valores una relativa independencia respecto a las estructuras sociales. Alexander afirma que los valores poseen una relativa independencia frente a las estructuras sociales porque los ideales son eminentemente universalistas:

“Para Bourdieu, sin embargo, la socialización no transmite valores que estén en tensión con la experiencia vivida; al contrario, produce valores que reflejan inmediatamente las estructuras jerárquicas de la vida material”³¹.

En esa medida, el habitus no posee ninguna verdadera independencia y no puede servir de puente entre los niveles micro y macro-sociales. Alexander subraya que las afirmaciones no deterministas de Bourdieu se ven contradichas en sus interpretaciones y llega a la conclusión de que no habría un verdadero “yo” en la teoría de Bourdieu. Para Alexander, el habitus representa una posición mimética y refleja respecto a la estructura social más que una posición agonística e independiente, con la cual Bourdieu hubiera desarrollado una “teoría del equilibrio” del yo. Según él, Bourdieu no relaciona el conflicto con una autonomización del yo ligado a la independencia relativa de la cultura, la generalización cognitiva y a una comprensión diferenciada más que fusional de la interiorización.

Dejo abierta, por lo tanto, la discusión en torno al concepto de habitus, cuyas posibilidades heurísticas sigo reconociendo. Para finalizar este apartado sólo quiero mencionar la tarea que Bourdieu dejó planteada a sus seguidor@s ya que él mismo poco abordó dada la prioridad que otorgó al análisis de la dominación: desarrollar (teórica y empíricamente, como es obvio) la idea de que “habitus” no es igual a interiorización de la dominación y que es posible hablar de habitus de resistencia:

²⁹ Alexander se apoya en la psicología cognitiva, campo que poco conozco.

³⁰ ALEXANDER, Jeffrey C., *La réduction. Critique de Bourdieu*, [1ª edición en inglés 1995] traducción de Nathalie Zaccà-Reyners, Paris, Les Éditions du Cerf, 2000.

³¹ Op. cit., p. 42.

“...es innegable el hecho de que existen disposiciones por resistir y una de las tareas de la sociología consiste en examinar bajo qué condiciones estas disposiciones son socialmente constituidas, efectivamente desencadenadas y políticamente eficaces”³².

c) Las luchas por el monopolio de la visión y di-visión del mundo social

Tal vez el escrito en el cual Bourdieu se refiere más explícitamente a la resistencia, –sin incluir sus debates en contra del neoliberalismo– sea *Homo Academicus*, objetivación de la crisis universitaria de mayo del 68 en Francia, “mucho tiempo después de la batalla”, al final del cual Bourdieu propone una teoría general de la crisis social como coincidencia de crisis relativamente autónomas en campos separados del espacio social. No me detendré en esta propuesta, –fundamental, puesto que toca un asunto neurálgico en el programa de Bourdieu como es el problema de las relaciones entre los campos– pero que exigiría un desarrollo que no me es posible adelantar en este escrito. Me referiré, en cambio, a una dimensión de la lucha de clases que aporta nuevos elementos en el tema de la subversión del orden establecido. Se trata de las luchas por el monopolio de la visión y los principios de división del mundo social.

Bourdieu critica las exaltaciones “populistas” de la cultura popular, –según él versión moderna de las “pastorales”–, pues al hacer una “celebración invertida” de los principios que conforman el orden social, inversión ficticia de los valores dominantes, refuerzan la ficción de una unidad del mundo social, confirmando a los dominados en su subordinación y a los dominantes en su dominación. Bourdieu fustiga a este “moralismo optimista” e ingenuo que cree que basta con negarse a reconocer en el discurso la dicotomía existente en la realidad entre la cultura científica y la cultura popular, para hacerla desaparecer. “Es lo mismo que creer en la magia”, dice... Y añade:

“De nada sirve denunciar de un modo verbal la jerarquía: hay que esforzarse por cambiar realmente las condiciones que subyacen a su existencia, tanto en la realidad como en las mentes”³³.

Sin embargo, Bourdieu reconoce, especialmente en su libro *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, que en determinadas condiciones el discurso puede tener un poder performativo, capaz de operar la “magia social” de contribuir a la realización de aquello que enuncia. Se refiere al “discurso herético”,

³² BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Loïc, op. cit., p. 45.

³³ Ibid., pp. 52-53.

discurso político que cuestiona la visión dominante del mundo social y el contrato tácito de adhesión a ésta que impone la dominación.

La subversión herética pretende cambiar el mundo social cambiando la representación de ese mundo. Hace parte de las “luchas de las representaciones”, caso particular de las luchas de clases en las que se disputa el monopolio del poder de hacer ver y hacer creer, hacer conocer y hacer reconocer, en resumen, de imponer “la definición legítima de las divisiones del mundo social” y a través de esto, hacer y deshacer los grupos. En efecto, Bourdieu diferencia conceptualmente las clases sociales “objetivas” definidas, como vimos, por su posición en las relaciones de fuerza en el espacio social, de acuerdo con el volumen y estructura de sus capitales, de las “clases movilizadas”, es decir, aquellos grupos sociales que luchan por la defensa de una identidad colectiva no reconocida por la representación dominante. La movilización de grupos sociales puede hacerse en torno a cualquiera de las propiedades que los definen objetivamente (clase, sexo, etnia, religión...); para ello se requiere que exista por una parte, un discurso que formule esa identidad y proponga un principio de división del mundo social acorde con ésta; y por otra, la existencia de grupos sociales con características objetivas coherentes con el nuevo discurso y dispuestos a reconocerse en él.

Se trata de un “discurso herético” en la medida en que cuestiona la visión dominante del mundo social y de un “discurso político”. Bourdieu define la acción propiamente política como aquella que pretende actuar sobre el mundo social actuando sobre el conocimiento que de él se tiene. La política empieza con la denuncia del contrato tácito de adhesión al orden establecido que se basa en la correspondencia entre las divisiones objetivas y los esquemas clasificatorios, por una parte; y entre las estructuras objetivas y las estructuras mentales, por la otra. Para que se produzca una “ruptura herética” con el orden establecido (y con las disposiciones y representaciones que ese orden engendra entre los agentes modelados según sus estructuras) debe producirse una coincidencia entre el discurso crítico y una crisis objetiva.

El discurso herético es un enunciado performativo, constituye una pre-visión paradójica, una utopía, proyecto o programa alternativo a la visión ordinaria:

“contribuye prácticamente a la realidad de lo que enuncia por el hecho de anunciarla, de preverla y de hacerla pre-ver, de hacerla concebible y, sobre todo, creíble y crear de esta forma la representación y la voluntad colectivas que pueden contribuir a producirla”³⁴.

La eficacia del discurso performativo es proporcional a la autoridad de quien lo enuncia, no depende sólo del reconocimiento concedido al autor del discurso, sino

³⁴ BOURDIEU, Pierre, *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, traducido bajo la responsabilidad de Mariano F. Enguita, Madrid, Ediciones Akal, [1982], 1985. p. 97.

también de su relación con la objetividad del grupo y con el reconocimiento y credibilidad concedido por los miembros del mismo:

“...dado que todo lenguaje que se hace escuchar por un grupo es un lenguaje autorizado, investido de la autoridad de ese grupo, autoriza lo que designa al mismo tiempo que lo expresa, fundando su legitimidad en el grupo sobre el cual ejerce su autoridad y al que contribuye a producir como tal ofreciéndole una expresión unitaria de sus experiencias”³⁵.

Las situaciones de crisis son situaciones paradójicas, extra-ordinarias, que favorecen el surgimiento de un discurso también extraordinario. En ellas se revela el poder constituyente del lenguaje. El discurso herético contribuye a romper la adhesión al mundo del sentido común y a producir uno nuevo, investido con la legitimidad que le confieren la manifestación pública y el reconocimiento colectivo. El trabajo político de representación eleva a la objetividad de discurso público o de práctica ejemplar una manera de ver y de vivir el mundo social que había sido relegada al estado de disposición práctica, experiencia tácita o confusa (malestar, revuelta). El trabajo de enunciación permite exteriorizar la interioridad, nombrar lo innombrable, conferir un principio de objetivación a disposiciones pre-verbales y pre-reflexivas, a experiencias inefables o inobservables.

Pero l@s dominad@s sólo pueden hacer esta “revolución simbólica” (sustituir un sentido común por otro) si tienen la suficiente “competencia crítica acumulada” durante las luchas anteriores, ya que, como dominad@s han sido “desposeídos de las condiciones económicas y culturales de la toma de conciencia de su propia desposesión y encerrados en los límites del conocimiento permitido por sus instrumentos de conocimiento...”³⁶. Esto significa que los grupos y clases sociales, para “movilizarse” dependen de los agentes autorizad@s para enunciar la verdad del mundo social (políticos, científicos sociales, intelectuales) o de sus propias organizaciones históricas en la medida en que éstas hayan podido acumular discursos propios sobre la identidad del grupo.

“La lucha que se ventila en el conocimiento del mundo social no tendría objeto si cada agente encontrara en sí mismo el principio de un conocimiento infalible de la verdad de su condición y de su posición en el espacio social y si los mismos agentes no pudieran reconocerse en discursos y clasificaciones diferentes (clase, etnia, religión, sexo, etc.)”³⁷.

Toda tentativa para instituir una nueva visión del mundo social tiene que contar con la resistencia de quienes están interesados en la perpetuación de una relación

³⁵ Ibid., p. 98.

³⁶ Ibid., p. 100.

³⁷ Ibid., p. 100.

dóxica: a la “crítica herética” responde siempre la “resistencia ortodoxa”. Además de esta lucha, también se produce una competencia en el interior del grupo por la imposición del principio legítimo de constitución del mismo: distintos “representantes” se enfrentan con sus discursos por el reconocimiento, por parte del grupo, de su representación del mundo. Podemos, por ejemplo, entender parte de las luchas feministas como luchas entre discursos que buscan imponer su visión de la identidad femenina y las relaciones de género (feminismo de la diferencia, feminismo liberal, feminismo socialista, etc.) al conjunto de las mujeres o a grupos particulares de mujeres.

Espero haber mostrado cómo el programa sociológico de Bourdieu ofrece claves nuevas o re-lecturas de antiguas claves para entender las relaciones de género, sus condiciones de reproducción, transformación o subversión. La dominación masculina puede ser interpretada a la luz de la teoría de la dominación simbólica; las luchas feministas también pueden comprenderse desde sus múltiples dimensiones acudiendo a diversos conceptos propuestos por este autor. Los discursos feministas pueden entenderse sin lugar a dudas como “discursos heréticos” que expresaron –y expresan aún– las revueltas de las mujeres y su búsqueda de nuevas definiciones del mundo social y de su lugar en él. La historia de las luchas de las mujeres puede ayudar a corroborar parcialmente la teoría de las crisis sociales: los discursos feministas han tenido su mayor impacto cuando han estado asociados con grandes movilizaciones de las mujeres: el discurso feminista liberal en las luchas por el sufragio y los derechos civiles; el discurso feminista socialista y el de la diferencia en las luchas sociales de las décadas de los 70 y los 80. Podemos preguntarnos: ¿Qué capacidad tiene la crítica feminista de subvertir un orden simbólico –que podríamos llamar “de larga duración”– en tiempos “normales”, sin crisis social? ¿En qué dimensión de las luchas de “clases” podemos ubicar el trabajo persistente y cotidiano de las mujeres –y de muchos hombres– por cambiar las condiciones de inculcación de los hábitos en la familia o la escuela? ¿Cómo se articulan con las luchas de integración en los campos especializados, en los campos de producción cultural y en el campo político en particular? ¿Cómo entender las luchas de las mujeres académicas y su capacidad de producir nuevos discursos sobre el mundo social?

“El mundo social es escenario de continuas controversias con respecto al sentido de este mundo; pero el mundo universitario tiene la característica de que, hoy por hoy, sus veredictos se cuentan entre los más poderosos, socialmente hablando. En el mundo universitario hay constantes enfrentamientos referidos a la cuestión de saber quién, en este universo, está autorizado socialmente para anunciar la verdad del mundo social”³⁸.

³⁸ BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Loïc, op. cit., p. 45.

Referencias

- ALEXANDER, Jeffrey C., *La réduction. Critique de Bourdieu*, [1ª edición en inglés 1995] traducción de Nathalie Zaccai-Reyners, Paris, Les Éditions du Cerf, 2000.
- BOURDIEU, Pierre, *Science de la science et réflexivité. Cours du Collège de France 2000-2001*, Paris, Raisons d'agir, 2001.
- , *La Domination masculine*, 1ª edición, Paris, Seuil, 1998.
- , *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, traducción de Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama, [1992], 1995.
- , *La Noblesse d'État. Grandes écoles et esprit de corps*, Les Editions de Minuit, 1989.
- , *Homo Academicus*, Paris, Les Editions de Minuit, 1984.
- , *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, traducido bajo la responsabilidad de Mariano F. Enguita, Madrid, Ediciones Akal, [1982], 1985.
- , *Le Sens Pratique*, 1ª edición, Paris, Les Editions de Minuit, 1980.
- , *La Distinction*, 1ª edición, Paris, Les Editions de Minuit, 1979.
- BOURDIEU, Pierre y WACQUANT, Loïc, *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, 1ª edición, traducida por Héléne Levesque Dion, México, Grijalbo, 1995.
- BOURDIEU, Pierre y PASSERON, Jean-Claude, *La Reproduction*, 1ª edición, Paris, Les Editions de Minuit, 1970.
- DE BARBIERI, Teresita, "Certezas y malos entendidos sobre la categoría género". En: GUZMAN, Laura y PACHECO, Gilda, *Estudios Básicos de Derechos Humanos IV*, San José. Instituto Interamericano de Derechos Humanos, 1996, pp. 47-84.
- HIRATA, Helena y KERGOAT, Danièle, *La división sexual del trabajo. Permanencia y cambio*, 1ª edición, Argentina, Asociación Trabajo y Sociedad, CEM, Conicet, 1997.
- HOLA, Eugenia y TODARO, Rosalba, *Los mecanismos del poder. Hombres y mujeres en la empresa moderna*, 1ª edición, Chile, Centro de Estudios de la Mujer, 1992.
- MARUANI, Margaret, *Au labour des dames: métiers masculins, emplois féminins*, 1ª edición, Paris, Syros/Alternatives, 1989.
- SCOTT, Joan W., "Gender: A Useful Category of Historical Analysis", *American Historical Review*, 91/5, Dec. 1986.

Luz Gabriela Arango Gaviria

Investigadora del Centro de Estudios Sociales –CES.

Profesora del Departamento de Sociología

Universidad Nacional de Colombia

e-mail: luzga@unetc.com